

Domingo 14° del Tiempo Ordinario. Ciclo A.

“Gente sencilla”.

¿Os suena la canción **“antes muerta que sencilla”**?. En muchas situaciones de la vida, la verdad y la sencillez forman la mejor pareja. Hoy, domingo catorce el tiempo ordinario, Jesús de Nazaret manifiesta su alegría y alaba a Dios por la experiencia de la gente sencilla. La fe es un don de Dios, y para alcanzarlo hay que vaciarse y hacerse sencillo.

Jesús, en el evangelio, nos dice hoy: **“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso”**. Dios se revela a los sencillos de corazón. Por eso, los cristianos debemos confesar, alabar y reconocer la obra de Dios que practica Jesús: salvar a los pobres, despreciados por los poderosos. Dicho de otro modo: las escuelas rabínicas desconocen lo que experimentan y conocen los sencillos. Pero *el Dios de Jesús es el Dios de la gente sencilla*, a la que el mismo Dios comunica su sabiduría. Los saberes de este mundo no coinciden a veces con el conocimiento de Dios. Los sabios y entendidos de este mundo difícilmente comprenden el mensaje del Evangelio. Se acercan a él con la cabeza y no con el corazón. Sin embargo, la gente sencilla, que no tiene pretensiones intelectuales, lo acepta, a menudo con naturalidad. Por eso conviene estar cerca de los niños, de los empobrecidos, de los que no cuentan, para dejarse evangelizar por ellos.

Un cristiano tiende a ser así: alguien que se deja evangelizar por los sencillos. El seguidor de Jesús de Nazaret pertenece a la clase de la “gente sencilla”, que vive coherentemente la fe del evangelio, sin obcecarse en el orgullo de la sabiduría humana. Los sencillos son los que pueden ser llamados “necios” con criterios mundanos, porque siguen el camino de los verdaderamente sabios delante de Dios. No en vano dice el refranero: *“más vale sencillez y decoro que mucho oro”*.

Son sencillos los que saben tolerar los golpes duros, la propia debilidad, la insuficiencia de los medios, la inseguridad económica, la incomprensión de los intransigentes, las prisas pueriles, las exigencias, los desfallecimientos o la inexperiencia de los que mandan, la abundancia de leves fracasos, las oposiciones de dentro y de fuera, las noticias molestas, el asalto de los inoportunos, el tiempo perdido en atender a los empalagosos. La verdadera sencillez es una señal de alma enérgica que se domina perfectamente.

Los cristianos, por nuestra sencillez, debemos ser mansos y humildes de corazón, a ejemplo del Maestro Jesús. *El sencillo* actúa con naturalidad. Lo hace sin perderse en otras complicaciones, de forma llana, sin reservas, artificios, ni segundas intenciones, sin creerse de superior categoría. *El manso* es el no agresivo ni violento. Se acerca y deja que los demás se le acerquen; suaviza las relaciones humanas. *El humilde* no es soberbio ni arrogante, sólo le importa formar parte del “humus” apto para producir frutos de humanización. **Dios revela sus secretos a los sencillos, mansos y humildes.**

No es fácil vivir como gente sencilla. Muchos días nos podemos sentir cansados y agobiados, porque la vida soñada no viene y los esfuerzos de cada jornada parecen inútiles. A veces no se sabe por qué causa uno está harto de casi todo. Los días son demasiados iguales y pesan demasiado. En estas circunstancias es preciso pensar bien, alcanzar el conocimiento de la gran revelación que hace Jesús, para encontrar sentido y rumbo a la propia existencia, que ha sido salvada por el yugo suave de la cruz. Quien sonríe como un niño es capaz de sonreír la vida y descubrir la maravilla de un nuevo día. Quien es sencillo de corazón se ríe de sí mismo y toma en serio a los otros. Quien es como un niño sueña y espera con las manos vacías para acoger las migajas del universo y convertirlas en estrellas fulgurantes. Quien tiene un corazón sencillo se acerca al que es manso y humilde para

*Quien tiene un corazón sencillo
se acerca al que es manso y humilde
para encontrar alivio y paz..*

*Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.*